

Mayúsculas

TEXTO: ROBERTO PLIEGO

Parecen un asunto de poca monta, algo que se despacha con un manotazo y a otra cosa. Yo, sin embargo, las padezco en silencio cada vez que me siento a leer el periódico. Miro de pasada la primera plana y ahí están, como una media rota, como una cama destendida, como un baño de cantina. Me refiero a las mayúsculas innecesarias y caprichosas, a las mayúsculas que ostentan títulos de nobleza y no, por supuesto, a las que empleamos después de punto y seguido o para iniciar un párrafo, ni a las que acompañan a los nombres propios o a ciertas categorías artísticas e históricas. Si algo manifiestan, y de sobra, es un nulo sentido terrenal: se yerguen por encima de la página impresa bien provistas de una pomposa altivez.

De modo que ahí estoy, a las nueve de la mañana, echado sobre el sillón mientras sostengo el periódico a la altura de mis ojos y algunos sucesos y unas cuantas opiniones van abriéndose paso a ritmo semilento. Repentinamente, casi a traición, se plantan frente a mí las siguientes frases, coronadas por una mayúscula que quisiera invitarme a inflar el pecho, levantar la barbilla y practicar una mirada cristalina: “Tras la instrucción del Presidente”, “Con el aumento de los costos, se impactará la reforma fiscal que propuso la Oposición”, “El candidato al Gobierno de Michoacán”, “Llegó el momento en que mande mensajes de estabilidad al País”. Palabras tan ordinarias como “presidente”, “oposición”, “gobierno”, “país”, tan corrientes desde que las revoluciones sociales en la América y la Europa del siglo XIX enterraron la prosopopeya del viejo orden, aparecen, por obra y gracia de un manual de estilo concebido quizá por un aspirante a la Gran Cruz de la Orden del Fénix de Grecia (con mayúsculas, cómo que no), investidas de una dignidad que mira sobradamente de arriba para abajo.

Estoy convencido de que la manía de condecorar algunos conceptos con una mayúscula no es sino la

nostalgia por un tiempo en el que algunos ejemplares humanos, y sus creencias y sus obras, se consideraban superiores a los demás. Decimos, con la boca llena de merengue, “Su Majestad”, y de inmediato, como por reflejo pavloviano, respondemos con minúsculas a todos los que vengan después. Esas mayúsculas concentran una idea antidemocrática de la vida. La democratización de la vida cotidiana, una conquista que, entre muchas cosas, ha mandado a las mayúsculas a sembrar en tierra muerta, nos exige pensar en minúsculas, es decir, a descartar cualquier privilegio. ¿Presidente con mayúscula y ciudadano con minúscula? ¿Sexo con mayúscula y amor con minúscula? ¿País con mayúscula y barrio con minúscula? ¿Poesía con mayúscula y prosa con minúscula? En vista de que gozo con la cerveza, el fútbol y los camarones en agua chili, ¿debo representarlos en mayúsculas?

Pensar en minúsculas forma parte de lo que el historiador francés Jacques Barzun ha llamado el “estilo informal”, una actitud abiertamente enemiga de los convencionalismos que surgió después de la segunda guerra mundial. De la misma manera en que para asistir a la ópera ya no hace falta vestirse de etiqueta, desde hace décadas las palabras salen a la calle con pantalones de mezclilla y camiseta blanca. En el fondo, tal actitud no manifiesta otra cosa que la propagación del hábito de la emancipación. Así pues, que el que siga creyendo en grandes señores y vasallos escriba la primera mayúscula. •

ROBERTO PLIEGO

Escritor y editor. Es autor de *La estrella de Jorge Campos*, *El libro inútil* y *Corazón chiva: cien años*.

Su libro más reciente es: *101 preguntas para ser culto* (Random House Mondadori).